

Antropología suplemento

Boletín Oficial del Instituto Nacional de Antropología e Historia ≈ Nueva época ≈ Núm. 8 ≈ Marzo-Abril 1986



José L. Lorenzo*

La arqueología al sur del Río Grande

ESC. NACIONAL DE ANTROPOLOGIA E HIS.
BIBLIOTECA
PUBLICACIONES PERIODICAS

Este es un intento de resumir un tema de tal amplitud que sólo puede quedar esbozado en estas pocas páginas. Y como sería imposible tratarlo sin trazar antes el esquema de la arqueología y lo arqueológico en lo que se ha dado en llamar América Latina, se ha de comenzar por asentar algunos cuantos principios al respecto.

Para comenzar, sucede que al sur del Río Grande no existen países de habla inglesa, salvo las recientemente liberadas colonias de Belice, de algu-

nas islas del Caribe y de la Guayana. Entre los territorios hispanohablantes y los angloparlantes existen diferencias fundamentales, que se generaron en el siglo XV y llegaron a su punto crítico en el siglo XVI.

Fue de vital importancia que hubiera casi un siglo de distancia entre la colonización de Iberoamérica y lo que más tarde sería los Estados Unidos de Norteamérica y Canadá. No tanto por el lapso transcurrido, sino por los acontecimientos que en ese tiempo

tuvieron lugar. Europa se transformó con la presencia de Carlos I de España y V de Alemania; tuvieron lugar la Reforma y la Contrarreforma, aparecieron el calvinismo, el parlamentarismo inglés, Cromwell, llegó a su fin el Renacimiento, y se vieron los inicios del humanismo y el capitalismo. Siendo las colonias dependientes de naciones tan distintas, era inevitable que sus evoluciones también fueran distintas.

En ambos casos, los que partían para América lo ha-

cían por su cuenta y a su riesgo. En el de España y Portugal era necesario obtener un permiso de la Corona, la cual señalaba su porcentaje de beneficio de lo que se obtuviera en la aventura. En cambio, en Inglaterra y Holanda, países que tenían gobiernos parlamentarios, la libertad de que gozaban sus ciudadanos abría el campo a otras posibi-

* Departamento de Prehistoria del INAH

lidades, y se manejaban otros procedimientos de colonización, menos rígidos. Para entender mejor la situación, hay que añadir que el Papa Alejandro VI, en la Bula "Intercaetera", de 1493, había entregado a España y Portugal los territorios de América, por lo que se explica que los administradores de estos nuevos territorios obedecieran órdenes de sus monarcas, mientras que en Norteamérica muy pronto se establecieron asambleas representativas.

El clero español y el portugués se vieron obligados a hacer un estudio muy completo de las religiones y sociedades del Nuevo Continente, como la única manera de convertir a los nativos a la religión cristiana, lo cual era, o así se decía, una de las principales causas de la colonización. La vocación misionera de las Trece Colonias era mucho menos importante, si es que existía; y si alguna vez hubo interés por parte de los colonizadores en convertir a los indios, este interés pronto se desvió hacia los esclavos negros, con los que no tenían otro remedio que convivir.

Además de intentar comprender las idiosincrasias de los países de América y sus maneras de contemplar y hacer sus respectivas arqueologías, también es necesario aclarar los procesos mediante los cuales se fueron convirtiendo en lo que ahora son, lo cual sólo es factible si tomamos en cuenta que estos procesos corrieron paralelos a la historia de las ideas.

El modo de pensar y ser en una comunidad y una época determinadas se refleja en lo que las mayorías creen y en sus patrones de conducta, pues aunque hay individuos que se adelantan a su tiempo y formulan ideas novedosas, la mayoría se aferra a lo ya caduco. De igual manera, y al contrario de lo que opinan algunos autores que se han ocupado de la arqueología americana o de arqueologías nacionales de la región, es imposible con-



siderar la evolución cultural de América como un fenómeno aislado, pues se ha visto influida por constantes cambios en la manera de pensar, igual que ocurre en cualquier parte del mundo.

Al analizar los procesos de desarrollo de la arqueología en Norteamérica o en cualquier otra región en situación semejante, es muy importante tener en cuenta los grupos humanos que encontraron los primeros europeos que llegaron.

Se abre un paréntesis: al tratar de las arqueologías al sur del Río Grande, se empleará aquí el término Hispanoamérica, a pesar de que no es el más aceptado. Se empleará en sentido estrictamente académico, dada su realidad frente a la falsedad implícita en el de América Latina.

Aquellos que hablan francés, italiano, catalán, romanche, rumano y los múltiples dialectos del español o del portugués en América, son tan "latinos" como los hablantes del español o del portugués. Siguiendo la idea de la anfi-

tionía que propuso Simón Bolívar en el Congreso de Panamá de 1826, un colombiano, José Torres Caicedo, en 1861, comenzó a usar la expresión América Latina para aplicarla al conjunto de países hispanoamericanos.

El neologismo contiene más de lo que aparenta. Era necesario nombrar a un grupo que abarcara a todas las naciones recientemente liberadas del yugo español, para diferenciarlo de los anglosajones, que ya comenzaban a ser una amenaza política. Por otro lado, era lógico que con la memoria fresca de las guerras de independencia y el repudio a todo lo que oliera a español, se tratara de aludir a un origen común más distante, es decir, el pasado latino. El Vaticano no tardó en aprobar el término, y rebautizó en 1862 el Colegio Pío Americano del Sur con el nombre de Instituto Eclesiástico de la América Latina.

Es posible que el siguiente país en adoptar la expresión haya sido Francia, pues por aquellas fechas estaba tratando de establecer en México

una cabeza de playa que condujera a la creación de una hegemonía francesa en Centroamérica, bajo el mando de Maximiliano, quien contaría con el patrocinio de Napoleón III.

Siguieron los Estados Unidos de Norteamérica en su negación de lo hispánico, confirmando así su creencia de la "leyenda negra" en relación con la colonización española, además de los beneficios posibles que podría tener dicha negación para ellos.

Otros puristas han manejado el término "Iberoamérica" como expresión de la presencia peninsular. Sin embargo, para justificar su empleo, habría que saber si los iberos estuvieron más involucrados que los celtas o los celtíberos en la colonización de América. Consecuentemente, hablar de Hispanoamérica parece ser

mucho más razonable, sobre todo tomando en cuenta que Hispania incluía tanto a España como a Portugal.

De manera parecida, la expresión "precolombino", que algunos emplean, ha sido descartada en México desde hace algún tiempo. La razón es que los lugares que visitó Colón, en un periodo de unos cuantos años, se encontraban todos en la zona del Caribe, por lo cual el resto de América sigue siendo precolombino. Ya que los hispanos, españoles o portugueses, fueron los primeros en llegar a la mayor parte del Continente Americano, el término prehispánico es válido para el 90% del territorio, y aplicarlo es más razonable que manejar el nombre de la primera persona que llegó a tal o cual sitio, con lo cual tendríamos precortesiano, prepizarrense, precabezadevaca, etcétera.

Las diferencias entre los grupos humanos descubiertos, conquistados, destruidos o colonizados (la forma más sutil de destrucción) fueron con frecuencia determinantes en la modelación de los futuros países de América.

Se descubrieron y subyugaron dos grandes civilizaciones: la mesoamericana y la andinoamericana. De los territorios de Mesoamérica dominados por esa cultura se formaron dos tercios del México actual, Guatemala, El Salvador y parte de Honduras, además de algunas partes de Nicaragua. En Andinoamérica se formaron Ecuador, Perú, Bolivia, las partes norte y central de Chile, y las que podríamos llamar zonas de influencia en el sur de Colombia y el Noroeste argentino, en las que los indios del tipo andino conforman la mayoría. También había grupos autóctonos en otras regiones, como los chibchas de Colombia y los chorotegas de Nicaragua, que alcanzaron un cierto grado de desarrollo, pero no tuvieron la misma oportunidad que otros grupos de integrarse en una sociedad de clases, como



la que introdujeron los españoles, pues la suya pertenecía a un estadio previo que podríamos llamar de cacicazgo. Creo que éste es el equivalente americano del modo asiático de producción, sin que ello signifique una marginalización de las líneas evolutivas mayores, sino un simple estadio en el proceso.

En tiempos prehispánicos, las sociedades sedentarias agrícolas desplazaron lentamente a los grupos cazadores

y recolectores que ocupaban territorios que ellos podían explotar. A esta situación, los conquistadores y colonizadores hispánicos añadieron un potente empujón hacia la periferia inhóspita, puesto que contaban con una tecnología de explotación del agro superior a la de las más altas culturas autóctonas, que no conocían la siderurgia, ni el uso de la rueda para elevar el agua destinada a la irrigación, etcétera. Los cazadores y recolec-

tores, cuya fuerza de trabajo era muy pobre, fueron cediendo terreno, y quedaron en lo que ahora llamamos áreas de refugio, es decir, las más inapropiadas para la explotación agropecuaria que ponían en práctica los recién llegados. Además, por lo que a los conquistadores se refiere, entraban otros valores en juego.

Los cazadores y recolectores fueron, pues, expulsados por los agricultores prehispánicos de las tierras de fácil explotación, y las nuevas prácticas tecnológicas de los españoles causaron indirectamente nuevas expulsiones. De hecho fueron barridos, y no sería real hablar de conquista en estos territorios, sino de colonización. Para entenderlo hay que tomar en cuenta que estas tierras fueron pobladas por europeos, indios "amigos" y negros.

De esta manera nacieron muchas naciones en Hispanoamérica. El genocidio alcanzó su expresión máxima en el Caribe, inclusive en contra del propio interés de los colonizadores, pues aunque la población no era muy numerosa, sí era lo bastante abundante como para suministrar mano de obra para las diversas explotaciones que se iniciaron en los primeros tiempos de la Colonia. También desaparecieron los indígenas en Costa Rica y Panamá, donde algunos se refugiaron en las impenetrables selvas del este y el sureste, y otros se fueron a las islas cercanas. Pocos quedaron en Colombia y en Venezuela; sólo aquellos que estaban en la casi inaccesible región del Orinoco permanecieron ahí. En Brasil nunca hubo muchos indígenas, y los que había fueron y siguen siendo diezados gradualmente, pues se trata de

alcanzar su total extinción. Los intereses capitalistas provocan el genocidio, patrocinado por el gobierno, de los indígenas que habitan en la selva de Amazonia. Los pocos nómadas del Uruguay pronto desaparecieron o fueron asimilados, como sucedió también en Argentina. En Chile sobrevivieron algunos aymaras en el norte, y los fueguinos en el sur, área de pocos atractivos para los colonizadores y de difícil explotación; el resto desapareció o, como los mapuches, pasaron a formar parte del lumpen.

Hay una sola excepción: los guaraníes del centro de América del Sur. En el siglo XVII, los jesuitas los congregaron. El paternalismo de los religiosos rompió con sus valores culturales, pero ellos han mostrado un sentido de solidaridad que les ha hecho sobrevivir a pesar de todo.

El anterior esquema, que no es exhaustivo, sirve sin embargo como puente para el siguiente paso, el de entender algo acerca de las arqueologías de los aborígenes, en la teoría y en la práctica, comprendiendo su origen prehispánico y su comportamiento.

Desde los años treinta hasta los cincuenta, la arqueología mexicana recibió aportaciones foráneas valiosas, y se sentaron las bases de un mejor conocimiento del pasado, que más tarde fue reforzado con la técnica de fechamiento por medio del C14. De entre los arqueólogos norteamericanos que ayudaron en este proceso, cabe recordar a George C. Vaillant, Gordon F. Ekholm, Philip Drucker e Isabel Kelly. Por otra parte, entre los mexicanos que aportaron obras fundamentales a la misma tarea, destacan Alfonso Caso, Eduardo Noguera, Pedro Armillas, Ignacio Bernal, Alberto Ruz y Jorge R. Acosta. Los extranjeros estaban influidos por las escuelas de Boas y Kroeber, pero su trabajo en México les hizo ver la necesidad de emplear también el proceso histórico, pro-



fundamente arraigado entre los mexicanos, que mostraban a la vez la orientación evolucionista que en aquellos tiempos era fuertemente impugnada por los norteamericanos.

En aquella etapa había también arqueólogos de "holiday in Mexico", como se decía. Eran investigadores que contaban con fondos limitados y que, en los meses veraniegos, durante sus vacaciones, en la peor época para hacer excavaciones, efectuaban algunos pequeños trabajos justificativos de su estancia en México. De estas actividades quedaban algunos informes, generalmente modestos, que presentaban en reuniones académicas, sin pasar de ahí en la mayoría de los casos.

Asimismo, se llevaron a cabo proyectos a largo plazo, con equipo abundante, generosamente financiados y con personal de gran capacidad.

Dado que estos trabajos eran considerados como cursos de campo con validez académica, en algunas ocasiones se empleaban estudiantes que cubrían sus gastos personales y pagaban cuotas a las respectivas universidades por el derecho de trabajar, con lo cual se incrementaban los fondos y se conseguía mano de obra gratuita, aunque generalmente de calidad mediocre.

México se convirtió en una especie de campo de batalla científica a la vez que experi-

mental, en el que varios arqueólogos americanos, representantes de diferentes escuelas teóricas, se enzarzaban en discusiones, más ruidosas que justificables, en las que se mostraban sus errores unos a otros. Todas fueron mencionadas en diversas publicaciones, y algunas muy bien ilustradas. Este no ha sido el caso en América del Sur, donde los arqueólogos extranjeros, por lo regular, se han dividido el territorio en zonas que recuerdan feudos, lo suficientemente separados entre sí como para que nadie interfiera en el del otro, y no existan posibilidades de establecer comparaciones que susciten polémicas. Cada uno respeta el territorio de caza del otro. Vivir y dejar vivir. Es justo confesar que mucho de bueno surgió de la competencia que se estableció en el territorio mexicano, pues los trabajos tenían que ser de alta calidad, ya que había ojos observadores que obligaban a mantener un gran rigor científico.

En los casos de los grandes proyectos llevados a cabo por extranjeros, siempre se solicitó al INAH la presencia de arqueólogos mexicanos, para formar equipos mixtos, pero rara vez pudieron éstos participar, pues tenían demasiado trabajo por su parte como para colaborar con otros organismos.

La competencia entre ar-

queólogos extranjeros en México ha sufrido un cambio en nuestros días. Las expediciones emanadas de los distintos departamentos de antropología de universidades norteamericanas han sido remplazadas por misiones oficiales provenientes de Europa, bajo los auspicios de convenios culturales, técnicos y científicos entre México y otros países. Así, pues, una misión francesa trabaja en el sureste del estado de San Luis Potosí, una belga excava en la zona del Nayar, otra española en Campeche, y se esperan los resultados finales de una alemana que trabajó muchos años en la región de Puebla-Tlaxcala.

Las puertas están abiertas para todos los investigadores que quieran venir, pues la tarea es grande, y conviene enriquecer nuestros conocimientos mediante los diferentes enfoques y métodos de las distintas corrientes existentes. Así compensaremos nuestras naturales limitaciones, debidas a una formación demasiado influida por determinadas teorías.

En lo que respecta a Norteamérica, sus colonizadores encontraron poco material humano explotable, y se vieron obligados a trabajar con sus propias manos. Estos colonizadores incluyen a los expedicionarios españoles que abandonaron la Nueva España llevando tropas tenochcas y tlaxcaltecas, dirigidas por sus propios jefes, nobles indios y bautizados, para colonizar lo que es ahora el norte de México y los estados del sur y el suroeste de Estados Unidos. Es posible que ciertas diferencias que hoy se observan en los modos de vida y la manera de ser de la gente en el norte, el centro y el sur de México, se deban a este origen diverso.

Situación semejante a la descrita es la que se registró en ciertas partes de Sudamérica, donde los colonizadores españoles y portugueses fueron agricultores, ganaderos y también mineros, y subsistieron gracias a su trabajo, con asistencia mínima de los indígenas. Los pocos indios que ayudaron al propósito colonizador, voluntariamente o por la fuerza, muy pronto estuvieron asimilados al patrón de vida occidental.

Todos y cada uno de los días de su vida, los conquistadores españoles del Anáhuac y del Tahuantinsuyo estaban en relación con los impresionantes restos arquitectónicos de tiempos anteriores a su presencia, con los artículos enteramente manufacturados por manos indígenas y los productos alimenticios cuyo uso no podían impedir. También era imposible dejar de utilizar las calzadas, puentes y caminos construidos antes de la Conquista, y menos posible todavía prescindir de los sistemas de riego y acueductos. Pero sobre todo, los españoles estaban en contacto con los indios, pues aunque la población indígena se redujo mucho, seguía siendo mayoritaria.

El colonizador anglosajón se adueñaba de los recursos del territorio que ocupaba directa y personalmente con su esfuerzo; el colonizador español o portugués, en cambio, se adueñaba de los recursos naturales mediante la fuerza de trabajo local, excepto en ciertos territorios, ya mencionados. Y algo muy importante: en vista de la escasez de mujeres españolas, los conquistadores se unían legal o ilegalmente a mujeres indígenas.

Sobre el tema que nos ocupa, si hubo algo semejante a la práctica de la arqueología en las colonias españolas durante el siglo XVI, fueron las licencias que otorgaba la Corona española a particulares para excavar las tumbas de los caciques, a cambio de una quinta parte del oro, la plata



y las piedras preciosas que se encontrasen.

Había también una ley promulgada por Felipe II en 1575, según la cual todos los tesoros que se hallaran en tumbas o templos, así como todo aquello que hubiera pertenecido a los incas del Perú y se usara en los templos, pasaba automáticamente a propiedad real.

Si bien no es un punto propiamente arqueológico, hay algo más relacionado con esta época que debe mencionarse: la forma en que los conquistadores veían el pasado indígena. Durante la Conquista, el periodo inicial de la Colonia, los indios representaban una manifestación de la Providencia, y una responsabilidad que Dios había otorgado a los españoles, pues ellos debían destruir, negar y repudiar el mundo pagano indígena.

Esta visión era la misma que la del padre De las Casas, y no es contradictoria con su defensa de los indios, pues él proclamaba su humanidad, y por lo tanto que estaban dentro de la ley natural, y eran gentiles. Esto último significaba, en el pensamiento de la época, que no eran ni infieles ni paganos, quizá algo de lo último, pero no por su culpa, sino porque no les había sido posible conocer al Dios verdadero, el Dios de los cristianos. Si no eran culpables, debían ser tratados de manera distinta de

como eran tratados. También es cierto que algún otro escolástico los consideraba seres humanos defectuosos.

Algunos conquistadores, como Cienza de León, clamaron por que las ruinas de Sacsayhuaman, en Cuzco, no siguieran siendo destruidas, para que en el futuro la gente pudiera ver el esplendor de los incas y el grandísimo esfuerzo que supuso su conquista a los españoles. Aquí se puede decir que la exaltación del enemigo vencido añade gloria al vencedor. En el mismo sentido, el virrey del Perú, Francisco de Toledo, impidió que los jesuitas siguieran destruyendo Sacsayhuaman para construir su iglesia. También hay descripciones de Tenochtitlan hechas por los conquistadores, en las que expresan asombro ante lo que sus ojos contemplaban, juzgándolo sólo comparable a lo que decían los libros de caballería.

Aunque no frecuentes, estos registros de comentarios laudatorios sobre el pasado indígena existieron y fueron seguidos de otros, de distinta fuente, la de la nobleza indígena y los mestizos nobles.

Durante un tiempo, la Corona española reconoció la validez de los títulos de nobleza de los vencidos, siempre y cuando, claro está, hubieran sido bautizados y hubieran jurado lealtad a la Corona. Esto

era para toda la familia, no sólo para el jefe. Como consecuencia, muchas mujeres jóvenes, nobles y poseedoras de tierras y vasallos, o herederas futuras, eran solicitadas en matrimonio por los jóvenes conquistadores, quienes poseían su espada, a veces un caballo, escudo de nobleza y sangre limpia, pero nada más. El matrimonio con una de estas doncellas, ya cristiana, suponía la adquisición de vasallos y tierras con que establecer una casa solariega, ponerle el escudo y procrear descendientes. Como era también común entre la nobleza española el concubinato con estas jóvenes, también había descendientes bastardos que, reconocidos o no, aunque fuera en situación social difícil, tenían algunos derechos.

Sin entrar en complicadas genealogías, es de interés mencionar a algunos de estos mestizos, por la importancia de lo que dejaron y que ahora utilizamos los arqueólogos. En México, Alvarado Tezozómoc, Chimalpahin Cuauhtlehuantzin y Alva Ixtlixóchtli; en el Tahuantinsuyo, el Inca Garcilaso de la Vega, Santa Cruz Pachacuti y Huaman Poman de Ayala, de entre otros muchos.

En estos personajes convergían la tradición de la nobleza indígena y, por su parte española, la membresía en el estrato más alto de la nueva sociedad colonial. Desde este punto ventajoso de su doble origen, buscaron demostrar la importancia de su pasado indígena dentro del contexto del mundo hispánico, al cual también pertenecían. Para este propósito accedieron a los documentos familiares, códices o quipus, y prestaron oídos a la tradición oral que, en aquellos primeros tiempos, todavía se mantenía viva.

Así hicieron evidente que antes de la llegada de los españoles existía una civilización, la cual no era responsable de su falta ante la Iglesia, y por ello los indios no podían ser tenidos como culpables.

Estos mestizos gloriosos publicaron muchos libros, cada uno de los cuales tuvo importantes efectos en las respectivas arqueologías. La etnohistoria, o lo que otros llamamos protohistoria, es de gran importancia en estos documentos, que describen la vida de sus pueblos en épocas anteriores a la llegada de los españoles. Aunque en ciertos aspectos estas narraciones tienen mucho de legendarias y partidistas, son de valor incalculable. Si el propósito de la arqueología es el de reconstruir la vida de las sociedades del pasado, en este caso una gran parte de la tarea está cumplida en el contenido de estos escritos. Sin embargo, desde un punto de vista estricto, deben tenerse algunas reservas: los documentos a que nos referimos informan sobre la vida y actitudes de las clases superiores, por un lado, y por otro, se trata de la visión y de la impresión que distintas casas nobles trataban de dar, exaltando sus hazañas en el pasado y soslayando todo lo que pudiera dar una impresión negativa. Pese a todo, esta documentación es un tesoro, en comparación con la escasa información que se tiene de regiones habitadas por sociedades de menor desarrollo.

En el estudio de los efectos de la Conquista en el proceso histórico del Anáhuac y del Tahuantinsuyo, debe tomarse en cuenta que, a pesar de lo que cualquier conquista significa en términos de crueldad y opresión, los españoles no causaron una ruptura total en sentido histórico, puesto que en cierto modo se trató de una ocupación del poder por un grupo que desplazó a otro. Aunque los cambios fueron profundos, absolutos en algunos aspectos, tuvieron lugar en grupos humanos que ha-

bían sufrido cambios semejantes en varios momentos de su historia anterior.

Al final del siglo XVI ya se habían consumado todas las grandes conquistas. De ahí en adelante, el asunto era consolidar lo ganado, hacerlo producir y ampliar los territorios dominados. Otro factor que debe tomarse en cuenta a partir de estas fechas es el del creciente número de mestizos y criollos, grupos que iban a ser de enorme importancia en el futuro, lo cual no era percibido por el momento. El "status" de los mestizos ya ha sido discutido; el de los criollos era una cosa distinta.



Ya se ha dicho que fueron pocos los españoles o portugueses que llegaron con mujer o con familia en el tiempo de la Conquista. Para ellos encontrar una coteránea con quien casarse era muy difícil. Sin embargo, cuando la Conquista fue dejando paso a la colonización, comenzaron a llegar familias enteras, al igual que hombres y mujeres solos. Las mujeres se aventuraban en tan largo y azaroso viaje debido a que en el Nuevo Mundo era muy deseada su presencia, pues las indias nobles ya habían contraído matrimonio. Así se inició una situación de endogamia entre españoles y portugueses.

Los descendientes de estas

parejas fueron llamados criollos, por haber sido criados en estas tierras. Como la preservación de la pureza de sangre era importante, se consolidó el sistema de la endogamia, en el que, indudablemente, también influía el aspecto económico. La pureza de sangre y el capital abrían el camino a ciertas posiciones oficiales en lo civil, militar o religioso, pero no a los más altos puestos, que estaban reservados a los peninsulares, los que venían de España o Portugal. No es difícil imaginar el gran descontento que esta situación creaba entre los criollos poseedores del linaje necesario, de un conoci-

tura y la poesía del Siglo de Oro español. El peruano Inca Garcilaso de la Vega, cuyo verdadero nombre era Gómez Suárez de Figueroa, y el mexicano Juan Ruiz de Alarcón, ocupan lugares distinguidos en la constelación de escritores que inspiraron a Corneille e influyeron en tantos otros.

El siglo XVII y gran parte del XVIII transcurrieron en paz, en relativa tranquilidad. Las colonias crecieron, se llevó adelante el proceso de explotación de nuevas tierras, y con ello aumentaron las posesiones de la Corona, aunque los territorios incorporados eran pobres en población autóctona. La Madre Patria reforzaba sus monopolios económicos y comerciales, y aumentaba sus percepciones de oro y plata, a pesar de que una gran parte nunca llegó a sus manos, debido a los naufragios y a la piratería.

Frente a la relativa calma de la época, surgió una nueva filosofía, la Ilustración. Aun cuando la Corona y la Iglesia estaban muy interesadas en que ciertas lecturas no llegaran a sus súbditos, fueran de las colonias o de la metrópoli, pues podían resultar peligrosas para el "buen gobierno", la lista de los volúmenes contenidos en gran número de cajas que llegaban a América, y los autores que se leían, son de mucha importancia. Los libros prohibidos entraban de contrabando o con cubiertas falsas.

De esta manera, la gente culta tenía acceso a nuevas ideas. Entre las obras que llamaron la atención de los americanos se encuentran la de autores como De Pauw, Raynal y Buffon, en las que se desacreditaba e insultaba todo lo proveniente de América: hombres, plantas, animales e ideas; hasta en tratados de geografía se notaban los preju-

miento profundo de la situación y de indudable capacidad, cualidades que no contaban ante la imposición de la Corona.

Ni los peninsulares, ni los criollos ni los mestizos fueron afectados mayormente por la ideología racionalista de la época, ya que España se había vuelto todavía más conservadora y rígida en su dogmatismo escolástico, como parte de la Contrarreforma. Las ideas de pensadores como Descartes, Leibniz o Bacon, por ejemplo, no tuvieron mayor importancia en la vida hispanoamericana del momento.

Sin embargo, criollos y mestizos contribuyeron y destacaron en el terreno de la litera-

cios. Bien pronto surgieron respuestas indignadas de las plumas de Francisco Javier Clavijero y Antonio de León y Gama, en México, y de José Hipólito Unanue Pavón y José Eusebio del Llano Zapata, en el Perú, entre otros. En realidad no hicieron más que retomar los argumentos más que ya en el siglo XVI habían sido esgrimidos por gente como Las Casas y Acosta, sólo que ahora no defendían exclusivamente a los indios, sino que también se defendían ellos mismos.

A partir de 1759 se inició un típico ejemplo de despotismo ilustrado en España y sus colonias, con la presencia de Carlos III. Antes de llegar al trono de España, y desde 1738, Carlos III había sido rey de Nápoles, y como tal estaba familiarizado con la arqueología romana, tanto que había ordenado excavaciones en Pompeya y Herculano. Más tarde fue el responsable de los primeros trabajos arqueológicos que se llevaron a cabo en América, los cuales, de acuerdo con las ideas del tiempo, se orientaban sobre todo hacia lo arquitectónico y escultórico. El mayor ejemplo de estos trabajos es, sin duda, el que realizaron el capitán Antonio del Río y el arquitecto Antonio Bernasconi en Palenque, entre 1785 y 1786.

Sin la ayuda de la Corona, con la que contaban esos investigadores, y motivado nada más por su propio interés, José Antonio Alzate visitó y describió las ruinas de Xochicalco y del Tajín. Antonio de León y Gama, astrónomo y físico de la Real y Pontificia Universidad de México, publicó un amplio y bien documentado trabajo sobre los monolitos que se habían descubierto en el Zócalo de México al efectuar trabajos de drenaje y pavimentación. Eran la Coatlicue y la Piedra del Sol, a la que equivocadamente se le llama Calendario Azteca.

En el tiempo en que fue virrey de México, don Antonio María de Bucareli ordenó

la instalación de un museo en la Universidad, para conservar las antigüedades indígenas.

Otro aspecto muy importante del desarrollo cultural en estos terrenos fue el otorgamiento de permisos extendidos por la Corona española a científicos de otros países para visitar Hispanoamérica; permisos que aprovecharon La Condamine y Humboldt para sus expediciones. Entre otros proyectos, la monarquía patrocinó el que condujo al establecimiento de un puesto comercial en Nootka, lugar situado en lo que ahora es la Columbia Británica, Canadá occidental, una vez que quedó

actividades más importantes de la Compañía de Jesús se desarrollaba en torno a lo que ahora llamaríamos educación superior. Además de lo anterior, sus miembros, desde hacía tiempo, se habían dedicado a la recolección y preservación de documentos indígenas, sobre todo de códices, y habían formado colecciones y bibliotecas que se dispersaron y se perdieron. Por orden de la Santa Sede, al salir de Hispanoamérica, los jesuitas fueron concentrados en Bolonia, desde donde siguieron trabajando y produciendo obras magníficas, como las de Clavijero. Ahora que algunos intelectua-

tencionados, pero extremos al fin y al cabo. Fray Servando Teresa de Mier y Carlos María de Bustamante, en la Nueva España, lanzaron la tesis de que los indios habían sido convertidos por Santo Tomás, bajo la figura de Quetzalcóatl, pero el abandono en que los tuvieron los posteriores evangelistas los había conducido a desvirtuar y transformar las ideas originales. Se trataba de racionalizar no sólo para demostrar la calidad humana de los indios, sino también para demostrar que, además de haber alcanzado una gran cultura, habían compartido el cristianismo. Si esta religión había tomado una forma pagana, eso se debía al olvido en que habían caído los indígenas después de su conversión, pero persistían semejanzas y paralelismos entre los ritos y conceptos de los indios prehispanicos y los de los cristianos. Esta idea no era nueva; había sido expresada ya en el siglo XVII.

El siglo XVIII terminó con la difusión de ideas independentistas entre mestizos y criollos, lo cual fue todavía más notable a principios del XIX. Este proceso alcanzó mayor expresión con la invasión napoleónica a España, justo en el momento en el que se reunían las cortes de Cádiz, con representantes de las colonias, para discutir su estatuto político. Siguió la abdicación de Fernando VII, después de la cual América se sintió sola, sin gobierno, pero con perspectivas de independencia.

Hasta cierto punto, la Constitución de Cádiz era liberal. Convertía al Imperio Español en una monarquía constitucional, con las colonias como provincias, y declaraba libres a todos los hombres que habitaban los "dominios españo-



lista la cartografía de la costa americana del Pacífico, desde el puerto de San Blas, en el actual Nayarit, hasta la bahía de Alaska.

Otro hecho de gran trascendencia para el desarrollo de la ciencia en Hispanoamérica, fue la expulsión de los jesuitas en 1767. Ya en 1759 habían sido expulsados de Portugal y sus colonias, por causa de los derechos que les concedía la Santa Sede y que los monarcas ilustrados juzgaban opuestos a sus intereses, así como la lealtad de esa orden religiosa al Papado.

Su expulsión significó un serio retroceso en los planteamientos culturales de las colonias españolas, pues una de las

hispanoamericanos se enfrentaban directamente a la cultura europea, quedaba claro que no eran en modo alguno inferiores a sus colegas del Viejo Mundo.

La Revolución de las Trece Colonias provocó en Hispanoamérica inquietudes independentistas, como también las provocaron las noticias sobre la Revolución francesa.

Se estaba planteando una especie de renacimiento, pues se pretendía volver a ser lo que se había sido en otro tiempo. Sin embargo, no se trataba de una vuelta al pasado, de una copia, sino de utilizar lo que ese pasado tenía de valor y dignidad. Esto, sin embargo, condujo a extremos bien in-



les”, tan libres como los mismos españoles, con derecho a representantes a las Cortes.

No obstante, y debido al descontento incubado por la prohibición para criollos y mestizos de ocupar los puestos importantes, se iniciaron las guerras de independencia en toda Hispanoamérica. En la mayoría de los casos, sin embargo, el propósito de la guerra no estaba claro. La lucha se dirigía más bien a la consecución de un buen gobierno, aun cuando la idea de América para los americanos estaba presente desde hacía tiempo, y ganaba terreno al

perderse el temor de expresarla. Idea que no debe confundirse con la doctrina Monroe que, tal como se ha practicado, no tiene otro significado que “América para los (norte)americanos”.

Una vez alcanzada la victoria, el poder quedó en manos de los criollos y mestizos. Surgió entonces una seria inestabilidad, que dio lugar a guerras, insurrecciones, levantamientos y revueltas. Las recién nacidas repúblicas se hundieron en la pobreza, bajo el peso de enormes deudas externas. En tales condiciones, es comprensible que el interés por el

pasado declinara, pues era difícil distraer la atención de los problemas por los que se pasaba. Es curioso, sin embargo, que en 1822, Torres Tagle, delegado supremo del general San Martín en el Perú, haya promulgado una ley según la cual las piezas arqueológicas no debían ser excavadas ni exportadas, y que en 1827, Guadalupe Victoria, en México, haya lanzado un decreto que, entre otras cosas, prohibía la exportación de “... monumentos mexicanos y otras antigüedades”.

Cuando el pasado indígena era accesible, los documentos sobre las historias nacionales de las repúblicas hispanoamericanas lo mencionaban. Existía, pese a todo, una profunda separación entre los dos grandes grupos políticos, los liberales y los conservadores. Los primeros repudiaban todo lo que recordara la Colonia, mientras que los segundos lo exaltaban y, como es de suponer, había notables diferencias en el trato que unos y otros daban al asunto indígena. Mientras los liberales tomaban en cuenta a los indios como parte de la nación, y los reaccionarios veían el pasado indígena como una curiosidad, ambos coincidían en tomar al indio vivo como un simple trabajador, tosco y sucio, a veces peligroso.

Quizá provocado por la inestabilidad de las naciones al sur del Río Grande, el expansionismo norteamericano inició una pragmática aplicación de la doctrina Monroe. Como ya se ha dicho, el enunciado mayor, “América para los americanos”, se convirtió en “América para nosotros” (ellos). Nos son familiares las formas adoptadas por sus enviados plenipotenciarios (y algunos no tan plenipotenciarios) para participar en las políticas internas de nuestros países, buscando por todos los medios impedir una hegemonía cuyo origen eran las antiguas colonias españolas. Los propósitos de integración americana bajo su control se

veían amenazados si se cumplían los ideales de Morelos y Bolívar, por lo cual los estadounidenses se dedicaron a aplicar el viejo principio de “divide y vencerás” mediante la actividad de sus ministros, siempre bien recibidos, pues traían fondos para las facciones de su preferencia, a las que apoyaban soslayadamente.

En lo que concierne a la arqueología, en esa época apareció una serie de curiosos personajes. Se trataba, por un lado, de diplomáticos y hombres de negocios y, por otro, de aventureros cultos. Los diplomáticos tenían poco que hacer, además de que, en ocasiones, se veían imposibilitados para establecer relaciones internacionales oficiales, pues los múltiples cambios en la esfera del poder en el país ante el que iban a acreditarse hacía inútiles las cartas de presentación de que eran portadores.

Los hombres de negocios viajaban frecuentemente por diferentes países y, a su regreso, narraban lo que habían visto. También gozaban de tiempo libre, por los cambios de gobierno que dificultaban sus operaciones.

Era el tiempo en que florecía el romanticismo, y el modo de vida victoriano no sólo era patrimonio de los ingleses. Era el tiempo de la fascinación por lo exótico, y de la atracción por experiencias únicas. Los países de la América hispana eran recorridos por gente que encontraba satisfacción en soportar toda clase de incomodidades, e incluso en arriesgar su vida, cumpliendo un deber para consigo mismos.

De entre estos aventureros cultos, debemos mencionar como figuras más significativas para Mesoamérica a John Lloyd Stephens, norteameri-

cano, y a Désiré Charnay, francés; para el Perú, a Ephraim George Squier, norteamericano, y a Ernest W. Mendenfort, alemán. Estos personajes impulsaron el cambio ideológico que estaba teniendo lugar, y que estaba orientado hacia la ciencia y el progreso: el positivismo. Su interés, su devoción, tenían el propósito de demostrar que en América habían existido culturas comparables en esplendor a las de Egipto, Grecia y Roma. Sus notas meticulosas, las medidas precisas y los magníficos dibujos que hicieron, son de una calidad que, a pesar del tiempo transcurrido, siguen siendo útiles en muchos casos.

Napoleón III organizó la *Commission Scientifique du Mexique* para emular la que su tío, Napoleón I, había llevado a su campaña de Egipto. Se trataba de un cuerpo científico creado en Francia que, unido al ejército expedicionario francés que llegó a México en 1862, realizaría investigaciones de todo orden. El ejército francés, como es bien sabido, se retiró en 1867, dejando solo a Maximiliano, que había sido coronado emperador en 1864, y que fue ejecutado por los liberales en 1867.

Aunque las investigaciones realizadas por la *Commission* son muy importantes, han sido ignoradas por los mexicanos, pues hablan por sí mismas de la presencia del invasor. Sea como fuere, el positivismo, que había hecho acto de presencia en sus escritos, permaneció como ideología prevaleciente hasta las primeras décadas del siglo XX, e impulsó un movimiento científico que incluyó a la arqueología.

La inestabilidad, que se había generalizado por toda Hispanoamérica como consecuencia de los movimientos de independencia y de la posterior lucha por el poder entre las distintas facciones de cada una de las nuevas repúblicas, comenzó a ceder en los últimos treinta años del siglo XIX, cuando las burguesías

locales fueron tomando posición preeminente. Los recursos naturales comenzaron a ser explotados en gran escala por compañías extranjeras, que estaban en muy buenos términos con el capital nacional. Se mejoraron los puertos y se construyeron líneas de ferrocarril para unir entre ellas a las regiones productivas. En una primera etapa, el capital europeo sobrepasó al norteamericano, y por consiguiente las influencias culturales siguieron el mismo patrón que habían seguido siempre.

Como consecuencia de la mejoría económica en determinado estrato social, apareció un grupo intelectual de importancia, surgieron sociedades científicas, se renovaron o mejoraron los museos, las universidades ampliaron sus actividades, y aumentaron las publicaciones en todos los campos de la cultura y la ciencia.

En el campo de la arqueología, el pasado indígena era contemplado por los liberales como la prueba concreta de que algo de gran valor se había destruido durante los ignominiosos años de la Colonia. Por el contrario, los conservadores, aunque no despreciaban lo prehispánico, consideraban esa etapa como de barbarie y, en comparación, la Colonia como una época de oro. El indio estaba presente para ambas facciones, y era considerado tanto una realidad histórica como contemporánea; ausente y presente al mismo tiempo.

En realidad, el indio no estaba ausente en la historia de las repúblicas hispanoamericanas. Como es lógico, se daba mayor importancia a la presencia de los toltecas que a la de los botocudos, pongamos por caso, pero siempre se trataba de "ellos" vistos por "nosotros".

Esta otredad era evidente sobre todo en Norteamérica, donde se manifestaba en una especie de "apartheid", comprensible dentro de lo que para los Estados Unidos y Ca-



nadá se ha considerado como orfandad histórica. Sin embargo, esa otredad también se notaba en los países al sur del Río Grande, inclusive en aquellos en los que habían existido altas culturas, no sólo bandas o tribus de cazadores y recolectores.

Se sentía una clara ruptura entre quienes escribían la historia y el peonaje, indígena éste casi en su totalidad. El interés por los mexicas o los incas se reducía a la identificación de las genealogías de los reyes que se registraban en las crónicas, y a ciertos aspectos mitológicos, pero no iba más allá.

A esto hay que añadir que los indígenas prehispánicos no se preocuparon mucho por la historia, de la cual sólo les interesaban los orígenes, siempre míticos, de su propio pueblo. Sin embargo, estaban conscientes de que había un pasado que desconocían, como lo demuestran las ceremonias que llevaban a cabo los tenochcas en Teotihuacan y en la gran pirámide de Cholula, que en ese tiempo ya eran ruinas. Existía la convicción de que la tierra había sido habitada en un tiempo por gigantes, de lo que eran prueba las grandes osamentas que de vez en cuando se encontraban, mismas que, según hoy sabemos, son de proboscídeos.

Ante esta situación, poco

se pudo hacer en el campo de la arqueología hasta que llegó de fuera gente que se interesaba en ella. Solos o en grupos, por sí mismos o cooperando con elementos nacionales, los extranjeros tuvieron muchas oportunidades de hacer descubrimientos y adquirir fama personal. Dejaron un cierto cuerpo de conocimientos en los países en los que trabajaron, impregnado, claro está, de la posición teórica que predominaba en su tiempo. Se trataba de una especie de colonialismo arqueológico, según el cual, a cambio de materia prima barata, se recibía un producto acabado, al alto precio de ser ajeno y sin relación con el interés nacional, situación que aún subsiste.

Desde luego, los países en los que esta actividad tuvo mayor importancia fueron aquellos en cuyo pasado prehispánico habían florecido las más altas civilizaciones. También fueron los que sufrieron los mayores saqueos científicos. Pero hay que aclarar que no se trataba de robos subrepticios, como sucede en nuestros días, pues aunque existían

leyes protectoras del patrimonio cultural, las altas autoridades eran generosas con los extranjeros y les permitían llevarse lo que encontraban, sobre todo si eran originarios de ciertos países y trabajaban bajo los auspicios de sus embajadas, que protegían fuertes inversiones.

No se alcanzaría nada útil haciendo la lista de los grupos o personas que practicaron la arqueología en Hispanoamérica bajo estas condiciones, excepto en un caso tardío que puede ser el ejemplo ideal por las consecuencias que trajo consigo.

En 1914, la Carnegie Institution de Washington inició en el área maya una serie de estudios que cubrieron todo el campo de la arqueología. Debemos a Walter W. Taylor un análisis crítico del proyecto. Duro en unos aspectos, no lo es tanto en otros, pero este experto deja en claro que fueron muy criticables los procedimientos de reconstrucción arquitectónica que se utilizaron.

Por toda la zona maya, sobre todo en los lugares en que surgieron las grandes ciudades, las formaciones rocosas de varias edades, son calizas. Este tipo de roca se caracteriza por que se presenta en capas que muestran contactos muy claros, por lo cual es fácil removerlas en grandes piezas de distintos espesores, que se fragmentan y pueden servir para construcción. Por lo tanto, era sencillo tomar del escombros de las ruinas lajas cuadradas y utilizarlas para reconstruir, haciendo algo semejante a la anastilosis.

Lo impresionante de los resultados, por ejemplo en Chichén Itzá, condujo a la fundación de una escuela de reconstrucción, método que deja mucho que desear en cuanto al respeto debido a las ruinas arquitectónicas arqueológicas. Con este procedimiento fueron tratadas las ruinas de Teotihuacan, Teotenango, Tula, Uxmal, Copán y hasta Tiahuanaco. Años después

apareció otro tipo de falsificación, como el extraño caso del bosque de estatuas de San Agustín, en Colombia, y el parque de La Venta, en Villahermosa, Tabasco, México, donde esculturas de diversos orígenes y épocas se han reunido en un conjunto artificial, que carece de significación.

Con el transcurso del tiempo comenzaron a aparecer arqueólogos hispanoamericanos. Su formación correspondía a dos esferas diferentes: por un lado, de facultades universitarias orientadas a las humanidades, filosofía, letras y geografía, y por otro lado, a las ciencias naturales con derivaciones en geología y paleontología. Esta situación, que prevalece en algunos lugares, se ha ido ampliando en otros con la aparición de facultades de ciencias sociales y de antropología. Como es lógico suponer, los primeros que se dedicaron a la arqueología eran autodidactas, aunque algunos de ellos pasaron cierto tiempo en universidades extranjeras tratando de dar a su formación empírica bases teóricas.

Por lo que respecta a México, las circunstancias han

sido distintas, como reflejo de condiciones históricas diferentes a las del resto de Hispanoamérica.

El enunciado del positivismo, prevaleciente aún en nuestros días en las palabras "Orden y Progreso" de la bandera brasileña, tuvo características especiales en México, donde el orden era para la mayoría y el progreso para unos pocos. La larga dictadura de Porfirio Díaz terminó en 1910 por un acontecimiento de gran importancia: la Revolución mexicana. No haremos un análisis de sus efectos y de su naturaleza; lo que nos interesa es que logró profundos cambios en lo que se refiere al indio vivo, y alcanzó otras proporciones en cuanto al indio muerto.

Hay que tomar en cuenta que los ejércitos revolucionarios estuvieron compuestos en su mayoría por campesinos; no podía ser de otra forma, puesto que México no era un país industrializado. El campesino mexicano es fundamentalmente indio, sea racial o culturalmente, o ambas cosas; por lo tanto, el pasado y el presente indio adquirie-

ron importancia con la victoria de la Revolución.

De aquí surge el llamado "indigenismo", que es la toma de conciencia de la terrible injusticia histórica cometida con los indios desde el tiempo de la Colonia, después de la Independencia y hasta la fecha actual. El indígena es un ser humano y un mexicano, pero que vive en peores condiciones que cualquier otro mexicano. Es un hecho indudable que el indio es partícipe de la nacionalidad mexicana, y que el trato paternalista que se le ha dado durante tantos años no puede continuar, como tampoco es factible, pese a numerosos intentos que se han hecho, abolirlo. El pasado prehispánico es parte de la historia del país, júzuese académicamente como prehistoria o protohistoria, y el indio actual es un mexicano con características culturales propias que no deben tomarse como elementos de división o separatismo. Prevalece, sin embargo, un punto que está siempre sujeto a discusión, el si debe cambiar, incorporándose plenamente a la sociedad mexicana, o si debe elegir de dicha sociedad aquello que más le convenga, dentro de sus modos de vida y patrones de cultura propios. Queda también la posibilidad de que la población indígena permanezca aparte, reforzando sus características distintivas, dentro de una región y un medio determinados.

El indigenismo se ha exportado desde México a otros países de Hispanoamérica, pero los factores que lo originaron no son exportables ni se han dado en otros lugares, por lo cual se maneja en esos países con cierta artificialidad. En el Perú, los principios básicos del indigenismo encontraron un inmejorable portavoz en Mariátegui, y tuvieron eco



Bebedores indígenas en Guyana

en algunos arqueólogos, pero la oligarquía imperante aplicó toda su fuerza para que esa posición quedara en un proyecto idealista, sin consecuencias.

Fue precisamente en 1910 cuando se fundó en México la Escuela Internacional de Etnología y Arqueología, por un acuerdo entre universidades de Francia, Alemania y Estados Unidos con el gobierno mexicano. Los tiempos eran difíciles, pero la escuela funcionó hasta 1920. Durante este tiempo, algunos mexicanos, no muchos, pudieron llevar a cabo estudios en colaboración con figuras tan eminentes como Eduardo Selser, Franz Boas, Alfred M. Tozzer, Georges Engerrand y otros de la misma categoría. Ya desde 1906 se habían ofrecido cursos de etnología y antropología física en el Museo Nacional de México, a los que asistió el joven Manuel Gamio. Su profundo interés atrajo la atención de los profesores, en particular la de Zelia Nuttall, quien obtuvo para Gamio una beca en la Universidad de Columbia, en Nueva York donde estudió de 1909 a 1911. Durante ese tiempo tomó parte en una expedición al Ecuador, patrocinada por el Museo del Indio Americano. Posteriormente regresó a México y se unió a la Escuela Internacional.

Manuel Gamio se daba cuenta clara de la necesidad de integración del campesino a la vida nacional, con lo cual adquiriría la dignidad a la que tenía pleno derecho. Para conseguir esa integración, consideraba necesario estudiar a los indígenas desde sus orígenes hasta nuestros días, tomando en cuenta su medio ambiente físico y biológico. De acuerdo con estas premisas, desarrolló el proyecto del Valle de Teotihuacán. Tras unos cuantos años de trabajo, apareció una publicación en tres volúmenes: *La Población del Valle de Teotihuacán*, un estudio muy adelantado para su tiempo, tanto en lo teórico como en lo metodológico.

Tras este trabajo, Gamio abandonó la arqueología y se dedicó hasta el final de sus días a estudiar los problemas sociales de los indígenas. Finalmente legó toda una escuela de pensamiento y acción.

En 1934 llegó a la Presidencia de la República Mexicana el general Lázaro Cárdenas. Sus ideales eran de izquierda, sin ambages, tenía una profunda visión de los problemas sociales de su país y un conocimiento completo de su condición y necesidades. Entre otros actos de política mayor, el general Cárdenas fundó en 1937 el Instituto Politécnico Nacional, que englobaba una serie de escuelas técnicas hasta entonces dispersas, además de otras nuevas, con un sistema para la formación de cuadros técnicos que permitiesen la industrialización de México. Es curioso que, como parte de la Escuela de Ciencias Biológicas, se incorporase un Departamento de Antropología que, inicialmente, se planteaba el estudio del hombre como entidad biológica. El enfoque se fue ampliando en poco tiempo y, en 1939, el Departamento se complementó con ciertos cur-

sos que ofrecía la Universidad Nacional Autónoma de México para formar la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Esta escuela, en 1942, pasó a formar parte del Instituto Nacional de Antropología e Historia, también fundado por Cárdenas en 1939.

Varias organizaciones gubernamentales preexistentes, el Museo Nacional de Arqueología, Etnografía e Historia, la Dirección de Monumentos Prehispánicos y la Dirección de Monumentos Coloniales, se fusionaron al recién creado Instituto, y unieron esfuerzos para enfrentarse a la tarea común.

A algunos colegas extranjeros se les dificulta entender cómo funciona la arqueología en México. La razón de esta dificultad estriba en las tradiciones legales latinas, heredadas del periodo colonial, según las cuales el Estado es soberano sobre la propiedad de la tierra. La propiedad privada de la tierra y del contenido del subsuelo no existe en la conceptualización latina y, por ende, hispánica, sino que es un concepto anglosajón. Por esto existe en México una Ley Federal de 1972, que no

es otra cosa que la puesta al día de leyes previas, ley según la cual todo el material arqueológico es propiedad de la nación, patrimonio nacional, y cualquier parte de territorio que contenga o pueda contener material arqueológico es, automáticamente, propiedad de la nación, y puede ser expropiada con grandes facilidades de trámite.

De esta situación, muy deseable para la mayoría de los arqueólogos, resulta que la arqueología es un asunto que se maneja estatalmente. Como es un monopolio absoluto del Estado, resulta imposible llevar a cabo excavaciones arqueológicas, de la índole que sean, sin un permiso específico del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Esto es válido tanto para extranjeros como para mexicanos, y de ahí que los arqueólogos del Instituto deban además estar dispuestos a participar en los numerosos casos de excavaciones que se suscitan con motivo de obras públicas o privadas, en el sector que se llama Arqueología de Salvamento. Por sus condiciones de emergencia, este tipo de tareas no pueden dejarse de lado y, por las razones legales antes expuestas, cuando un sitio arqueológico es alterado por causa de cualquier actividad, el responsable, sea quien fuere, debe cubrir los gastos inherentes al salvamento en lo relacionado con la excavación, el estudio de los materiales y la información obtenidos, y la publicación de los resultados.

Como sucede con muchas leyes en México, esto rara vez se cumple en su totalidad, pero marca claramente la diferencia que existe entre la arqueología que se practica bajo los auspicios del Estado y la que queda al buen juicio de los



La justicia de los conquistadores

Situación semejante a la descrita es la que se registró en ciertas partes de Sudamérica, donde los colonizadores españoles y portugueses fueron agricultores, ganaderos y también mineros, y subsistieron gracias a su trabajo, con asistencia mínima de los indígenas. Los pocos indios que ayudaron al propósito colonizador, voluntariamente o por la fuerza, muy pronto estuvieron asimilados al patrón de vida occidental.

Todos y cada uno de los días de su vida, los conquistadores españoles del Anáhuac y del Tahuantinsuyo estaban en relación con los impresionantes restos arquitectónicos de tiempos anteriores a su presencia, con los artículos enteramente manufacturados por manos indígenas y los productos alimenticios cuyo uso no podían impedir. También era imposible dejar de utilizar las calzadas, puentes y caminos construidos antes de la Conquista, y menos posible todavía prescindir de los sistemas de riego y acueductos. Pero sobre todo, los españoles estaban en contacto con los indios, pues aunque la población indígena se redujo mucho, seguía siendo mayoritaria.

El colonizador anglosajón se adueñaba de los recursos del territorio que ocupaba directa y personalmente con su esfuerzo; el colonizador español o portugués, en cambio, se adueñaba de los recursos naturales mediante la fuerza de trabajo local, excepto en ciertos territorios, ya mencionados. Y algo muy importante: en vista de la escasez de mujeres españolas, los conquistadores se unían legal o ilegalmente a mujeres indígenas.

Sobre el tema que nos ocupa, si hubo algo semejante a la práctica de la arqueología en las colonias españolas durante el siglo XVI, fueron las licencias que otorgaba la Corona española a particulares para excavar las tumbas de los caciques, a cambio de una quinta parte del oro, la plata



y las piedras preciosas que se encontrasen.

Había también una ley promulgada por Felipe II en 1575, según la cual todos los tesoros que se hallaran en tumbas o templos, así como todo aquello que hubiera pertenecido a los incas del Perú y se usara en los templos, pasaba automáticamente a propiedad real.

Si bien no es un punto propiamente arqueológico, hay algo más relacionado con esta época que debe mencionarse: la forma en que los conquistadores veían el pasado indígena. Durante la Conquista, el periodo inicial de la Colonia, los indios representaban una manifestación de la Providencia, y una responsabilidad que Dios había otorgado a los españoles, pues ellos debían destruir, negar y repudiar el mundo pagano indígena.

Esta visión era la misma que la del padre De las Casas, y no es contradictoria con su defensa de los indios, pues él proclamaba su humanidad, y por lo tanto que estaban dentro de la ley natural, y eran gentiles. Esto último significaba, en el pensamiento de la época, que no eran ni infieles ni paganos, quizá algo de lo último, pero no por su culpa, sino porque no les había sido posible conocer al Dios verdadero, el Dios de los cristianos. Si no eran culpables, debían ser tratados de manera distinta de

como eran tratados. También es cierto que algún otro escolástico los consideraba seres humanos defectuosos.

Algunos conquistadores, como Cieza de León, clamaron por que las ruinas de Sacsayhuaman, en Cuzco, no siguieran siendo destruidas, para que en el futuro la gente pudiera ver el esplendor de los incas y el grandísimo esfuerzo que supuso su conquista a los españoles. Aquí se puede decir que la exaltación del enemigo vencido añade gloria al vencedor. En el mismo sentido, el virrey del Perú, Francisco de Toledo, impidió que los jesuitas siguieran destruyendo Sacsayhuaman para construir su iglesia. También hay descripciones de Tenochtitlan hechas por los conquistadores, en las que expresan asombro ante lo que sus ojos contemplaban, juzgándolo sólo comparable a lo que decían los libros de caballería.

Aunque no frecuentes, estos registros de comentarios laudatorios sobre el pasado indígena existieron y fueron seguidos de otros, de distinta fuente, la de la nobleza indígena y los mestizos nobles.

Durante un tiempo, la Corona española reconoció la validez de los títulos de nobleza de los vencidos, siempre y cuando, claro está, hubieran sido bautizados y hubieran jurado lealtad a la Corona. Esto

era para toda la familia, no sólo para el jefe. Como consecuencia, muchas mujeres jóvenes, nobles y poseedoras de tierras y vasallos, o herederas futuras, eran solicitadas en matrimonio por los jóvenes conquistadores, quienes poseían su espada, a veces un caballo, escudo de nobleza y sangre limpia, pero nada más. El matrimonio con una de estas doncellas, ya cristiana, suponía la adquisición de vasallos y tierras con que establecer una casa solariega, ponerle el escudo y procrear descendientes. Como era también común entre la nobleza española el concubinato con estas jóvenes, también había descendientes bastardos que, reconocidos o no, aunque fuera en situación social difícil, tenían algunos derechos.

Sin entrar en complicadas genealogías, es de interés mencionar a algunos de estos mestizos, por la importancia de lo que dejaron y que ahora utilizamos los arqueólogos. En México, Alvarado Tezozómc, Chimalpahin Cuauhtlehuantzin y Alva Ixtlixóchtli; en el Tahuantinsuyo, el Inca Garcilaso de la Vega, Santa Cruz Pachacuti y Huaman Poman de Ayala, de entre otros muchos.

En estos personajes convergían la tradición de la nobleza indígena y, por su parte española, la membresía en el estrato más alto de la nueva sociedad colonial. Desde este punto ventajoso de su doble origen, buscaron demostrar la importancia de su pasado indígena dentro del contexto del mundo hispánico, al cual también pertenecían. Para este propósito accedieron a los documentos familiares, códices o quipus, y prestaron oídos a la tradición oral que, en aquellos primeros tiempos, todavía se mantenía viva.

mo señalar que estudiábamos gente, no cosas.

Estas ideas, de gran profundidad, mostraban la verdad de la arqueología, enseñándonos la continuidad de la historia y haciéndonos ver que las ciencias antropológicas tienen técnicas y sistemas, esto es, una metodología, que el arqueólogo debe aplicar. Pero iba más allá al decir que la arqueología, como historia, debe estudiar no sólo los tiempos pre y protohistóricos, cuando no existía la escritura, sino también ciertos aspectos de tiempos históricos de los que no ha quedado registro escrito; es decir, que se debía estudiar una multiplicidad de actividades y situaciones de cuya existencia dan cuenta los restos arqueológicos, y que entran a formar parte de la historia mediante las técnicas arqueológicas.

En la actualidad se ha registrado un desarrollo anormal de posiciones teóricas, que ha conducido al establecimiento de dos posiciones filosóficas no muy bien definidas, pero que se sitúan en dos campos opuestos: neopositivismo y marxismo. Cuando digo desarrollo anormal, me refiero al hecho de que los teóricos más avanzados de estas dos posiciones carecen de experiencia práctica, y teorizan por la teoría misma. En verdad, la formulación de dos posiciones extremas es una simplificación de la realidad, puesto que no se trata de dos posturas bien definidas e integradas, y son más frecuentes las situaciones intermedias o ramificaciones. Abunda el eclecticismo involuntario, hasta el punto de que se ha intentado encontrar una síntesis de las dos doctrinas mayores, combinación que es imposible.

Los representantes del neopositivismo manejan un vocabulario para iniciados en el que los términos "paradigma", "modelo", "diseño", "estrategia" y otros, demuestran las terribles consecuencias de la lectura de traducciones incorrectas y la poca originalidad

de los autores. Los cambios semánticos que han tenido lugar en el inglés de los Estados Unidos han sido bien recibidos por este grupo, como lo demuestra la aceptación de términos cuyo significado ha sido tergiversado: estrategia por táctica, billón por mil millones, etcétera.

Este mismo sector ha elevado a la categoría de panacea lo que llama "sistemas y subsistemas", y a esto se une la negación del proceso histórico y la firme creencia de que la computación cubre las deficiencias de la incompetencia profesional. El fetichismo en torno a la máquina (cuanto más desarrollado el equipo, menor es la comprensión de su capacidad real) ha generado un grupo de arqueólogos que acepta a pie juntillas todo producto emanado de las computadoras. No queda otro remedio que volver a la vieja observación de que los medios se han confundido con los fines. Se podrían dar muchos ejemplos de esta confusión y del alejamiento de la realidad en que se encuentran los seguidores del neopositivismo, pero es más sencillo tomar en cuenta la creciente masa bibliográfica que producen, en la cual lo mejor es la repetición de lo ya sabido.

Otro de los cuestionamientos que actualmente se plantean es el de si la arqueología es una ciencia ideográfica, o si se trata de una ciencia nomotética, o sea, razonable, sólida y aprovechable. En el primer caso es imposible establecer leyes que demuestren su regularidad; en el segundo, sí se pueden establecer leyes, y por lo tanto es también posible conseguir fondos, aunque sean pocos y difíciles de obtener, al demostrar que la arqueología pertenece a las "hard sciences", y por lo tanto que puede ser dirigida por computadoras.

Puede pensarse que para que la arqueología pueda ser tomada en cuenta se necesita el respaldo de la cibernética. Sin embargo, tantos esoterismos no son más que manifes-



taciones de la manera en que la arqueología de ciertos países trata de subsistir, cosa que se demuestra también, en otro terreno, con la proliferación de subespecialidades que reciben calificativos tales como histórica, industrial, conductivista, contractual, procesal, paliativa, activa y demás. Evidentemente, estos extraños nombres sólo tratan de justificar una necesidad de consolidar la existencia de sus inventores, ya que con tan extrañas variantes atraen la atención.

En otra de sus facetas, el neopositivismo se está caracterizando por un neoantiquarianismo, desde el momento en que el estudio de los artefactos, sus fragmentos o huellas, ha alcanzado tales refinamientos que el aspecto humano se vuelve secundario o se pierde, y la arqueología se convierte en una actividad sin más significado que el de un estéril ejercicio intelectual.

La proliferación de términos que se han tomado prestados de la filosofía, da la

impresión de que se recurre a una fraseología cabalística para compensar la vacuidad teórica y práctica. Heurístico, tautológico, epistemológico, son palabras empleadas continuamente, pero muy alejadas de sus significados originales. Esto hace pensar que quienes las usan adquieren el prestigio de shamanes o magos, capaces de manejar misterios que no están al alcance de todos, a semejanza del cuento del manto del rey.

Otros abusan del término "holístico", con el cual su inventor, el mariscal Christian Smuts, trataba de dar a entender una filosofía de la totalidad. Popper llevó esta expresión idealista-vitalista y su sistema a la negación del historicismo y, en 1948, Walter W. Taylor la llamó "del enfoque conjunto" en su aplicación a la arqueología.

Es admisible que el neopositivismo sea empleado por los arqueólogos norteamericanos puesto que, aparte de sus connotaciones políticas, implica una negación de la histo-

ria que es básica en su arqueología, pero que no es posible sostener en países que tienen una larga historia. Hay que reconocer, sin embargo, algunas excepciones que se centran en quienes practican la arqueología histórica, industrial o urbana, con materiales coloniales o republicanos.

El otro campo, que se llama a sí mismo marxista, y que probablemente sólo es marxólogo, es el que se dedica a producir plúmbeas publicaciones plagadas de citas de los santos padres del marxismo. Se trata de una curiosa supervivencia del escolasticismo, con su hermenéutica y su patristica.

Las dificultades que acarrea el tratar de aplicar *Das Kapital* a las sociedades precapitalistas son obvias, pero se solventan recurriendo a algunas expresiones, tales como modo de producción, medios de producción, relaciones sociales de producción, etcétera. Siguiendo estos lineamientos, la investigación se reduce al uso de una serie de frases hechas que dan la idea de que la tan pesada investigación de materiales, y el sucio trabajo de campo, con su subsecuente análisis de datos e información, son innecesarios, puesto que habría que aplicar procedimientos que no están especificados en el libro de cabecera. Basta decir que se ha llegado a enunciar que la excavación arqueológica no se debe practicar, pues se trata de un procedimiento pequeño-burgués.

Paralela a estas tendencias, existe otra escuela, sincera y eficaz, que encuentra en el materialismo histórico, no mecanicista, un método insuperable cuya aplicación consciente y científica puede hacer que la arqueología alcance el rango de ciencia social, siempre guiada por una comprensión clara del proceso histórico.

Neopositivismo y marxismo son dos corrientes filosóficas que tienen claras connotaciones políticas. El neopositivismo de la escuela de



arqueología norteamericana es la representación actual de un ataque, sistemático y extendido, contra todo lo que V. Gordon Childe representa y significa. Julian H. Steward se permitió una crítica de los conceptos childeanos fundamentales, apoyándose en un análisis superficial de tres o cuatro de sus trabajos de divulgación, sin profundizar en su obra mayor. Entre otras cosas, Childe ha sido acusado de seguir mecánicamente la línea del evolucionismo unilinear marcada por Stalin. Aunque pueda parecer un simplismo extremo, esto es, sin embargo, síntoma de una lucha de mayor envergadura, en la que la arqueología puede parecer intrascendente, cuando su papel es de importancia en lo que no es otra cosa que un ataque generalizado a los valores propios de Hispanoamérica.

Parte de esta campaña es la negación sistemática de la naturaleza histórica de la arqueología, de nuestras arqueologías.

La visión arqueológica norteamericana parte del funcionalismo, apoyado más tarde en el neopositivismo del llamado "Círculo Viena", del cual las figuras más señeras son Carnap y Von Neurath, investigadores a los que se unieron miembros de la escuela filosófica empírica de Berlín. Algunos de estos últimos, como Reichenbach y Hempel, habían emigrado a los Estados Unidos en los cuarentas. En ese país, bajo el título de "empirismo lógico", obtuvieron muy buenos resultados en el campo de la lógica y de la metodología científica. La negación de la historia en la antropología podría atribuirse básicamente al desconocimiento de su teoría y metodología. Lo que se llamó la "histoire-bataille", es decir el recuento cronológico de guerras, matrimonios reales, escándalos de alcoba, biografías de personajes, etcétera, ha quedado atrás hace casi un siglo, aunque la mayoría de los estudiosos lo ignoren, desafortunadamente, en muchos países.

Es posible que en el fondo de todo esto pueda verse una posición que, iniciada con Poinsett, alcanzando la Alianza para el Progreso y pasando por la teoría del Destino Manifiesto, trate de separarnos de nuestro pasado, de alejarnos de una historia compartida y válida, inculcándonos en su lugar conceptos, modos y usos que no son nuestros, pero que nos hacen buenos consumidores.

Esta postura se refuerza con las facilidades existentes para obtener becas, sobre todo para estudios de postgrado, ayudas para asistir a reuniones y congresos y otras formas de proselitismo, junto con la enorme cantidad de publicaciones y fuentes informativas, de las que es materialmente imposible escapar. En esto último, hay que admitir que

la dependencia se debe a deficiencias nuestras, quizá no tanto por baja producción, sino por la deficiente distribución de publicaciones que nos aqueja.

Si bien la visión de conjunto podría parecer trágica, también es verdad que cualquier crisis marca un momento de cambio, y que de la fermentación en proceso debe surgir algo positivo.

Sin echar de lado los indudables avances técnicos ni separarnos de un análisis dialéctico crítico, es posible cimentar ahora una buena formación en los arqueólogos y, por ende, una indudable mejoría en la arqueología. La estructuración de esta ciencia, en todas sus variantes, depende de una correlación muy estrecha entre medios y personal. Sería absurdo intentar la preparación de buenos arqueólogos sin crear plazas de trabajo para ellos, y sin facilitarles los fondos suficientes para ejercer la profesión, teniendo en cuenta que, en nuestros días, la arqueología es una actividad costosa.

Debe señalarse además que, aunque la arqueología no es una profesión elitista, sí lo es de minorías, y que la actividad de cada arqueólogo debe estar respaldada por químicos,

físicos, biólogos, geólogos y otros profesionales en diversas especialidades que, a su vez, se dividen en campos sumamente avanzados y complejos. La experiencia enseña que cada arqueólogo debe contar con la ayuda de por lo menos tres personas de otras especialidades, si su trabajo se lleva a cabo a nivel científico; si por desgracia carece de esos apoyos, la excavación no pasa de ser un saqueo más o menos organizado, en el cual se destruyen evidencias irremplazables. En caso de no contar con el respaldo necesario, es preferible dejar los restos arqueológicos donde se encuentran, donde han estado por cientos o miles de años, en lugar de profanar un patrimonio cultural que entra en la categoría de recurso no renovable.

Es posible que, en un país en desarrollo, donde no se puede ejercer una arqueología sofisticada, la única tarea en la que deban concentrarse los arqueólogos sea la de salvamento arqueológico, dando prioridad a los proyectos de interés especial, y sin hacer caso del dicho, absolutamente falso, de que la arqueología de salvamento no es científica. Sólo existen dos categorías valorativas de la arqueología:

la bien hecha y la mal hecha, añadiendo la consideración de que sólo aquella que se ha hecho bien en el campo puede llevarnos a conclusiones teóricas correctas, pues si el proceso de obtención de información y materiales es defectuoso, la labor de gabinete, analítica e interpretativa, será defectuosa necesariamente. Hay que aceptar que en el trabajo del arqueólogo, como en el de todos los profesionales, existe lo que se llama oficio, y que éste se desarrolla y toma forma mediante la práctica, y no cuando el esfuerzo se concentra exclusivamente en los aspectos teóricos. Teoría sin práctica es fraseología hueca.

Quizá esto requiera mayor elaboración. En su crecimiento penoso, desorganizado y a veces demagógico, nuestros países destruyen en ocasiones, sin quererlo, los restos de un pasado que no forzosamente es espectacular, pero que sea como fuere es nuestro pasado. El pueblo que no tiene historia carece de vida interna. En el momento actual, para mantener esa vida, todo nuestro esfuerzo debe dedicarse a salvar el pasado, rescatando sus valores materiales (y no se tome esto como retórica sonora). Pero no en la forma en que se ha hecho hasta ahora, corriendo tras los *bulldozers*, escapando en lancha sobre las aguas que suben en una presa, sino participando en estos trabajos desde la fase de anteproyecto, para así poder planear la estrategia a seguir.

Pese a todo lo anterior, debemos aceptar que existe una tarea por hacer, monumental y urgente: el inventario de sitios arqueológicos que, aunque cueste trabajo crearlo, no conocemos en su totalidad. Debemos entrar sistemáticamente en la fase exploratoria, para así saber qué es lo que tenemos, dónde está y en qué consiste. Es ilusorio pensar que podemos defender, proteger y estudiar aquello de cuya existencia no tenemos la menor noción.

Se supone que la arqueología en México está muy avanzada, lo cual podría ser cierto en comparación con otros países. Pero si nos tomamos la molestia de marcar en un mapa los lugares en los que la arqueología ha alcanzado secuencias sólidas y bien fechadas, con materiales suficientes y buena información que permitan la interpretación de la vida social de determinados grupos, nos encontraremos con que hay cientos de miles de kilómetros cuadrados de los que no tenemos ni la menor idea, salvo por algunas piezas producto de saqueos, que están en manos de nuestros estetas, intelectuales y políticos. Aquí, una acotación interesante: el coleccionista mexicano se considera a sí mismo un patriota que salva las piezas arqueológicas, para que no salgan del país. Puede haber algo de verdad en ello, pero la realidad es que el coleccionista es el autor intelectual del saqueo, pues si no existiera un mercado, un mecanismo de oferta y demanda, no habría saqueadores.

Con mucho optimismo puede calcularse que conocemos la arqueología de un cinco por ciento de nuestro territorio; por lo tanto, es absurdo seguir destinando fondos a sitios arqueológicos de los que ya tenemos bastante conocimiento, para obtener las variantes de la cerámica en ciclos de 50 años, pongamos por caso, o para instalar el aberrante "Son et Lumière". Esos fondos podrían dedicarse a tareas mucho más urgentes e importantes.

El inventario de sitios arqueológicos daría una idea clara del contenido arqueológico del territorio nacional, en sus diversas regiones, y de los sitios que deben ser excavados, estableciendo un orden

Orfebres

Grabados tomados de *Le livre des antipodes 1630*, Johann Ludwig Gottfried, François Maspero, I, Place Paul-Painlevé, V^e, Paris, 1981



de prioridad en el que se tomen en cuenta elementos tales como: peligro de destrucción; peligro de ser saqueados por su fácil acceso y falta de vigilancia; necesidad de obtener información arqueológica primaria de áreas hasta el momento desconocidas, etcétera.

Se podría pensar que, dada nuestra riqueza arqueológica, las excavaciones y el trabajo relacionado con ellas deben plantearse de forma distinta a la de otros países; nada más alejado de la verdad. Arqueología no sólo es la que se lleva a cabo en Tula, digamos, sino también la que se hace en los escasos restos de un campamento de cazadores recolectores; más aún, también es arqueología lo que se refiere a restos coloniales y republicanos. Desde luego, los hallazgos de ciertos lugares no podrán nunca competir con el oro y el jade de otros, que se exhiben en vitrinas, pero hay que partir del principio de que son los únicos testimonios de otra gente y otras culturas, por lo cual se puede afirmar que no existe territorio sin arqueología.

Es revelador el hecho de que, en la historia de la arqueología, han sido precisamente los países en los que se conceptúa que hay mayor pobreza arqueológica, como por ejemplo los del norte de Europa, donde se han desarrollado las mejores técnicas excavatorias y analíticas, al mismo tiempo que se han alcanzado los mayores adelantos en el campo teórico. Aparte de ser curioso, es natural, pues la escasez de materiales obliga a un mayor refinamiento, tanto en su obtención como en su análisis, para lograr como resultado un máximo de información.

Debe dársele a nuestra arqueología, a nuestras arqueologías, una orientación histórica, y si, como algunos creen, debemos elegir entre historia o antropología, no hay error posible, debemos elegir la primera. Para aquellos que piensan que pueden ser antropó-

logos conscientes sin entender el proceso histórico del grupo que están tratando, les dejamos el tema como caso de conciencia.

Al sur del Río Grande algunos arqueólogos creemos que nuestro trabajo debe sustentarse en el estudio del proceso histórico que tratamos de entender, que debemos combinar nuestros propios instrumentos con aquellos que provee la antropología, empleando sus procedimientos para alcanzar lo que la escuela italiana llamó "paleoetnología". Estamos conscientes, además, de que es imposible estudiar a un grupo humano sin entender el medio en el que vivía, medio cambiante por sí mismo a la vez que por la actividad humana. Es también necesario conocer las posibles variaciones sufridas por este medio, provocadas por la naturaleza y por el hombre, así como las alteraciones climáticas, tanto más importantes cuanto más bajo el nivel de desarrollo de una sociedad. Así se explica la tan necesaria cooperación con otras ciencias, pues sin ellas sería imposible asociar los materiales colaterales con los artefactos que se encuentran en una excavación.

Finalmente, como dijo el arqueólogo Pedro Armillas, la arqueología se hace con los pies... caminando.

Bibliografía

Ardao, Antonio "Uruguay y el nombre de América Latina", *Cuads. de Marcha*, 2a. ep.: 1-49-52, México, D.F., 1979

Ávalos de Matos, Rosalía de, y Rogger Ravines, "Las Antigüedades peruanas y su protección legal. Lima". *Revista Museo Nacional*, 40: 363-458. Lima, 1974

Bernal Ignacio, *Historia de la Arqueología en México*, Edi-

torial Porrúa, México, D.F., 1979

Bonavía, Duccio y Rogger Ravines, *Arqueología Peruana: los precursores*, Casa de la Cultura del Perú, Lima, 1970

Castañeda, Francisco de, "Relación de Tecciztlan y su partido", *Paps. de la Na. España*, 6: 209-236. Est. Tipográf. Sucs. Rivadeneyra, Madrid, 1905

Cieza de León, Pedro, *El Señorío de los Incas*, Bibl. Peruana, 1a. Ser. T. 3: 9-194, Lima, 1968

Dublan, M. and J. M. Lozano, *Legislación Mexicana*, Ed. Oficial, México, D.F., 1876

Klind-Jensen, Ole, *A History of Scandinavian Archaeology*, Thames and Hudson, London, 1975

Leonard, Irving, *Los libros del Conquistador*, Fondo de Cultura Económica, México, D.F., 1953

———, *La Época Barroca en México*, Fondo de Cultura Económica, México, D.F., 1974

Lorenzo, José L., "La Arqueología Mexicana y los arqueólogos norteamericanos", *Depto. de Prehist. INAH, Cuads. Trab. 14*, México, D.F., 1976

———, "Notas sobre la Arqueología en México", *América Indígena*, 40(2): 381-392, Inst. Interamericano Indigenista, México, D.F., 1980

Lorenzo, José Luis, Antonio Pérez Elías y Joaquín García-Bárcena, *Hacia una Arqueología Social. Reunión de Teotihuacan. (Octubre 1975)*, INAH, México, D.F., 1976

Lumbreras, Luis G., *La Arqueología como Ciencia Social*, Ed. Hístar., Lima, 1974

Mariátegui, José Carlos, *Siete ensayos de interpretación de*

la realidad peruana, ERA, Ser. Popul. 67, México, D.F., 1979

———, *Obra Política*, ERA, Col. El Hombre y el Tiempo, México, D.F., 1979

Ortega y Medina, Juan A., "Monroismo arqueológico: un intento de compensación de americanidad insuficiente", *Cuads. Americanos*: 12(5): 168-189; (6): 158-187, México, D.F., 1953

———, *Destino Manifiesto*, SEP-Setentas, 49, México, D.F., 1976

Pérez, José Antonio, *Presencia de Vere Gordon Childe*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, D.F., 1981

———, *Recopilación de Leyes de Indias mandadas a imprimir etcétera*, Antonio Balbas, 2a. Ed., Madrid, 1756

Rojas, Gabriel de, "Relación de Cholula", *Rev. Mexicana de Ests. Híst.*, 1(6): 158-169, México, D.F., 1927

Steward, Julian H., "Evolution and Process.", *Anthrop. Today: An Encyclopedic Inventory*: 313-326, The University of Chicago Press, Chicago, 1953

Taylor, Walter W., *A Study of Archaeology*, American Anthrop. Assoc. Mem. Ser. 69, Washington, D.C., 1948

Villoro, Luis, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, Eds. La Casa Chata, 9 (2a. ed.) CIS-INAH, México, D.F., 1979

Wiley, Gordon R. and Jeremy A. Sabloff, *A History of American Archaeology*, W.H. Freeman and Co., San Francisco, 1975

Williams García, Jorge, "Protección Jurídica de los bienes arqueológicos e históricos", *Cuads. Inst. Antrop.* 3, Universidad Veracruzana, Jalapa, Ver., 1962